



CAPÍTULO IX

Reivindicaciones sociales Estado de los ánimos en París. Lyon

POR violenta que en ciertos momentos fuera la lucha parlamentaria entre la Montaña y la Gironda, hubiera acabado por languidecer si hubiera permanecido encerrada en la Convención. Pero, después de la ejecución de Luis XVI, se precipitaron los acontecimientos, y la separación entre revolucionarios y contrarrevolucionarios fué tan marcada que no quedó lugar para un partido mixto, difuso, colocado entre los dos. Opuestos a que la Revolución siguiera su curso natural, los girondinos no tardaron en hallarse con los fuldenses y los realistas, en las filas de los contrarrevolucionarios, y, como tales, hubieron de sucumbir.

La ejecución del rey tuvo en Francia una resonancia profunda.

Si la burguesía quedó sobrecogida de espanto a la vista de tanta audacia de parte de los montañeses, y temblaba por su vida y su fortuna, la parte inteligente del pueblo veía en ella, por el contrario, el principio de una era nueva, la vía hacia aquel ansiado bienestar para todos que los revolucionarios habían prometido a los desheredados.

Grande fué, sin embargo, la decepción. El rey había perecido, había desaparecido la monarquía; pero la insolencia de los ricos iba en aumento. Se exhibía en los barrios ricos, hasta se ostentaba en las tribunas de la Convención; en tanto que en los barrios pobres se hacía sentir la miseria, cada vez más negra, conforme avanzaba aquel triste invierno de 1793, con su escasez de pan, la paralización del trabajo, la carestía y el descrédito de los asignados. Todo eso junto con las tristes noticias que llegaban de todas partes: de la frontera, donde los ejércitos se habían disuelto; de Bretaña, que se preparaba para un levantamiento general con el apoyo de los ingleses; de la Vendée, donde cien mil campesinos rebeldes degollaban patriotas bajo la bendición de los curas; de Lyon, convertidos en ciudadela de la contrarrevolución; de la Tesorería, que sólo vivía haciendo nuevas emisiones de asignados; de la Convención, finalmente, que se agitaba sin adelantar, sin emprender nada, agotándose en luchas intestinas.

Con todo eso, y la miseria por añadidura, se paralizaba el impulso revolucionario. En París, los trabajadores pobres, los descamisados, no asistían en número suficiente a las secciones, de lo que se aprovechaban los contrarrevolucionarios de la burguesía. En febrero de 1793 invadieron las secciones «los señoritos»; por su número obtenían votaciones reaccionarias, a palos en caso necesario; destituían los funcionarios descamisados y se hacían nombrar en su lugar, viéndose obligados los revolucionarios a reorganizarse, recurriendo a las secciones vecinas para reforzar a las que habían sufrido la invasión burguesa.

En París y en provincias fué necesario pedir a los municipios una indemnización de cuarenta sueldos diarios para los indigentes que asistían a las sesiones y aceptaban funciones en los comités. Entonces

los girondinos pidieron a la Convención la disolución de aquellas organizaciones de secciones, de sociedades populares y de federaciones de los departamentos. No comprendían la fuerza de resistencia que aun poseía el antiguo régimen, y no veían que con aquella medida, tomada en aquel momento, se hubiera asegurado el triunfo inmediato de la contrarrevolución que a ellos mismos hubiera llevado hasta «la roca Tarpeya».

A pesar de todo, no se apoderó todavía el desaliento de las secciones populares; pero el hecho es que se elaboraban nuevas ideas, aparecían nuevas corrientes, y esas aspiraciones buscaban todavía su fórmula.

El Municipio de París había obtenido de la Convención fuertes subvenciones para la compra de harinas, y, no

obstante, apenas lograba mantener el precio del pan a tres sueldos la libra, y aun para alcanzarlo a ese precio era preciso hacer cola media noche a la puerta de la tahona. Además el pueblo comprendía que cuando el Ayuntamiento compraba el trigo a los precios impuestos por los agiotistas, el resultado era el enriquecimiento de éstos a expensas del Estado; era permanecer encerrado en un círculo vicioso en beneficio inmediato del logrero.

El agiotaje había alcanzado ya proporciones espantosas. La naciente burguesía se enriquecía por momentos: no solamente los «arroz-pan-sal», los proveedores del ejército, hacían fortunas escan-



CHAUMETTE

dalosas, sino que, como se especulaba sobre todo, en grande y en pequeño, trigo, harina, cuero, aceite, jabón, velas, etc., sin hablar de las especulaciones colosales sobre los bienes nacionales, las fortunas se formaban de nada, con una rapidez mágica, a la vista de todo el mundo.

La pregunta: «¿Qué hemos de hacer?» se planteaba con el carácter trágico que adquiere en los tiempos de crisis.

Aquellos para quienes el remedio supremo a todos los males de la sociedad consiste en «el castigo de los culpables», no supieron proponer más que la pena de muerte para los agiotistas, la reorganización de la máquina policiaca de «seguridad general», el tribunal revolucionario; lo que en el fondo no era más que la vuelta al tribunal de Maillard, menos la franqueza, pero no una solución.

Sin embargo, en los arrabales se formaba una corriente de opinión más profunda, que buscaba soluciones *constructivas*, la que halló su expresión en las predicaciones de un obrero de los arrabales, Varlet, y de un ex-cura, Jacques Roux, apoyados por todos esos «desconocidos» que la historia denomina los «rabiosos». Comprendían éstos que las teorías sobre la libertad de comercio, defendidas en la Convención por Condorcet y Sièyes, eran falsas; que los artículos de consumo que no abundan en el comercio eran fácilmente monopolizados por los especuladores, sobre todo en un período como el que atravesaba la Revolución, y se dedicaron a propagar ideas sobre la necesidad de *comunalizar y de nacionalizar el comercio, y de organizar el cambio de los productos al precio de coste*, ideas en que después se inspiraron Fourier, Godwin, Robert Owen, Prudhon y sus continuadores socialistas.

Aquellos rabiosos habían comprendido así,— y pronto veremos que sus ideas recibían un principio de ejecución práctica —, que no basta garantizar a cada uno el derecho al trabajo ni aun a la tierra; que no se habría hecho nada mientras subsistiera la explotación comercial, y que, para impedirla, era indispensable *comunalizar el comercio*.

Al mismo tiempo se produjo un movimiento pronunciado contra las grandes fortunas, semejante al que se produce actualmente en los Estados Unidos contra las fortunas rápidamente amasadas por los *trusts* o compañías de monopolizadores. Los más inteligentes de la época comprendieron la imposibilidad de establecer una república democrática, si no se creaba una resistencia contra la desigualdad



EL REPRESENTANTE HA DICHO:

— Con hierro y pan se puede ir hasta la China... de zapatos no ha dicho nada.

monstruosa de las fortunas, que se manifestaba ya y amenazaba ir en aumento (1).

Ese movimiento contra los monopolizadores y logreros había de provocar también necesariamente un movimiento *contra el agiotaje sobre los medios de cambio*, y el 3 de febrero de 1793 se presentaron a la Convención unos delegados del Municipio, de las 48 secciones y de «los defensores reunidos de los 84 departamentos» para pedir que pusiera un término a la depreciación de los asignados, debida al agiotaje; pedían además la abrogación del decreto de la Constitu-

(1) El genio de Michelet entrevió la importancia de aquel movimiento popular comunista, e indicó los puntos esenciales. Jaurés (*Historia socialista*, IV, págs. 1.003 y siguientes) ha dado más amplios informes, muy interesantes, sobre ese movimiento en París y en Lyon.

yente que había declarado mercancía el dinero, y la pena de muerte contra los agiotistas (1).

Como se ve, era una rebelión de las clases pobres contra los ricos que, habiendo sacado de la Revolución todas las ventajas, se oponían a que aprovechara a los pobres. Y he ahí por qué, cuando los peticionarios supieron que los jacobinos, incluso Saint-Just, se oponían a su petición, por miedo de alarmar a los burgueses, hablaron francamente contra los «que no comprenden a los pobres porque comen bien todos los días».

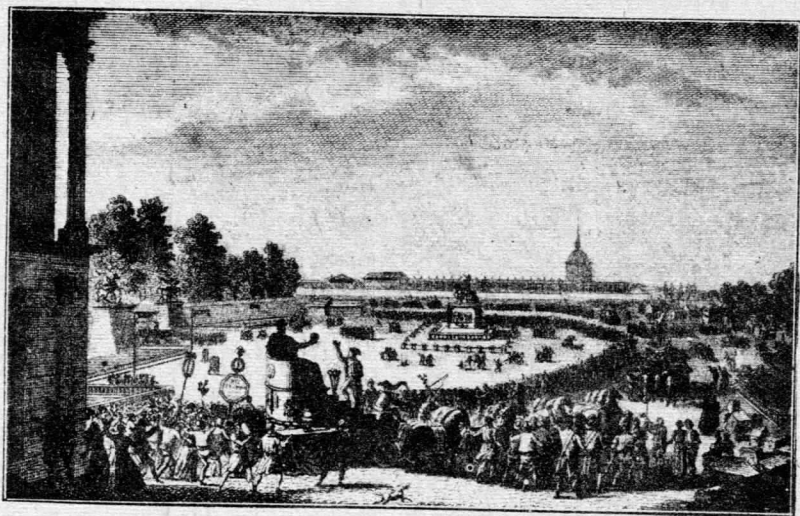
También Marat procuró calmar la agitación; desaprobó la petición y defendió a los montañeses y a los diputados de París, atacados por los peticionarios; pero conocía la miseria de cerca, y cuando oyó las quejas de las mujeres obreras que se presentaron el 24 de febrero a la Convención a pedir la protección de los legisladores contra los agiotistas, se colocó en seguida al lado de los miseros. En un artículo muy violento del número 25 de su periódico, «desesperando de ver que los legisladores tomaran grandes resoluciones», predicó «la destrucción total de aquella maldita ralea» — «los capitalistas, los agiotistas, los monopolizadores», a quienes «los viles mandatarios de la nación animaban por la impunidad». Percíbense los furores de la calle en aquel artículo, en que Marat pide que los principales monopolizadores sean entregados a un tribunal de Estado, y recomienda actos revolucionarios diciendo que «el pillaje de algunos almacenes, a cuyas puertas se colgasen los logreros, pondría pronto fin a aquellas malversaciones que reducían veinticinco millo-

(1) ¿Podía influir el agiotaje sobre el curso de los asignados? Muchos historiadores se han formulado esta pregunta para contestarla con un *no*. La caída de los asignados, dicen, era debida a la excesiva cantidad de signos de cambio puestos en circulación. Verdad es; pero los que han seguido de cerca las fluctuaciones de los precios del trigo en los mercados internacionales, o del algodón en la Bolsa de Liverpool, o de los asignados rusos en la Bolsa de Berlín, etc., no vacilarán en reconocer que nuestros abuelos tenían mucha razón al atribuir al agiotaje gran parte de responsabilidad en la depreciación de los asignados. Hoy mismo, que las operaciones financieras están infinitamente más extendidas que en 1793, el agiotaje tiene siempre por efecto *exagerar fuera de toda proporción los efectos de la oferta y la demanda en un momento dado*. Si con los actuales medios de cambio y de transporte, el agiotaje no puede alzar un género o un papel de una manera permanente, exagera siempre el alza natural y amplía desmesuradamente las fluctuaciones temporales de los precios que habrían resultado, sea de la productividad variable del trabajo (por ejemplo, en la cosecha), sea de las variaciones de la oferta y de la demanda. Tal es el secreto de todas las especulaciones.

nes de hombres a la desesperación, haciendo perecer a miles de miseria ».

El mismo día, en efecto, el pueblo saqueó algunas tiendas, llevándose el azúcar, el jabón, etc., y se hablaba en los arrabales de renovar las jornadas de septiembre contra los monopolizadores, los agiotistas de la Bolsa, los ricos.

Aquel movimiento, que no excedió de los límites de un pequeño motín, fué exageradamente explotado por los girondinos, para que



FIESTA DE LA LIBERTAD EN HONOR DE LOS SUIZOS DE CHATEAU-VIEUX

en los departamentos se creyera que París era un volcán donde no había seguridad para nadie. Contentos por haber hallado en el artículo de Marat la frase sobre el pillaje, que acabamos de citar, acusaron a la Montaña y a los parisienses en masa de que querían degollar a todos los ricos. El Ayuntamiento no se atrevió a aprobar el motín, y Marat mismo tuvo que desmentirse suponiéndole fomentado por los realistas. En cuanto a Robespierre, atribuyó la responsabilidad al extranjero.

Sin embargo, el motín produjo su efecto: la Convención elevó de cuatro a siete millones el adelanto que hacía al Municipio para

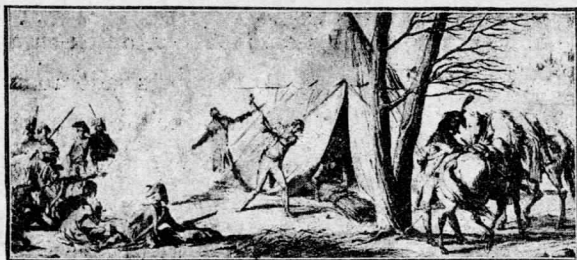
conservar el precio del pan a tres sueldos la libra, y el procurador del Municipio, Chaumette, se presentó a la Convención a desarrollar la idea, que después fué introducida en la ley del *máximo*, de que no se trataba únicamente de tener el pan a un precio razonable sino «que también los artículos de segunda necesidad» estuviesen al alcance del pueblo, porque «no existe justa proporción entre el precio de las jornadas de mano de obra y el de los artículos de segunda necesidad». «El pobre ha hecho tanto como el rico, y más que el rico, por la Revolución, y, sin embargo, todo ha cambiado alrededor del rico, en tanto que el pobre ha quedado en la misma situación: con la Revolución no ha ganado más que el derecho a quejarse de su miseria.» (1)

Ese movimiento de últimos de febrero en París contribuyó poderosamente a la caída de la Gironda. Cuando Robespierre esperaba todavía paralizar, legalmente a los girondinos en la Convención, los rabiosos comprendieron que mientras la Gironda dominara en la Asamblea no habría ningún progreso económico positivo, y osaron decir altamente que la aristocracia de las fortunas, de los grandes comerciantes y de los banqueros se levantaba sobre las ruinas de la aristocracia nobiliaria, y que esa nueva aristocracia era tan fuerte en la Convención, que si los reyes no hubieran contado con su apoyo no hubieran osado atacar a Francia. Es muy probable que por entonces Robespierre y sus fieles jacobinos pensarán en aprovecharse de los rabiosos para aniquilar a la Gironda, dispuestos siempre, según el curso de los acontecimientos, a seguirlos o rechazarlos.

Es indudable que ideas como las expuestas por Chaumette debían desarrollarse en el pueblo en todas las grandes ciudades. En efecto,

(1) Economista más perspicaz que tantos economistas de profesión, aquel hombre tan simpático ponía el dedo en la llaga, mostrando cómo el agiotista *exageraba* los efectos de las condiciones creadas por la guerra y los asignados. «La guerra con la potencia marítima, decía, los desastres ocurridos en nuestras colonias, la pérdida del cambio, y sobre todo una emisión de asignados que no está ya en equilibrio con la necesidad de las transacciones comerciales, he aquí algunas de las causas de esta alza considerable que lamentamos; pero cuán grande es su acción, cuán grande y terrible es su resultado, cuando a su lado existen infames explotadores y monopolizadores, cuando la miseria pública es la base de especulaciones interesadas de una infinidad de capitalistas que no saben qué hacer de los inmensos fondos producidos por las liquidaciones».

el pobre lo había hecho todo por la Revolución, y cuando los burgueses se enriquecían, sólo el pobre no ganaba. Aun allí donde no hubo movimientos populares semejantes a los de París y Lyon, los pobres se harían esa misma reflexión, y probablemente en todas partes hallarían a los girondinos



ESCENA DE CAMPAMENTO

formando el centro de unión para aquellos que a toda costa querían impedir que la Revolución aprovechara a los pobres.

En Lyon se presentaba la lucha precisamente bajo esa forma. Es evidente que en aquella gran ciudad manufacturera, donde los trabajadores vivían de una industria de lujo, la miseria había de ser horrible: faltaba el trabajo, y el pan estaba carísimo, seis sueldos la libra.

Dos partidos existían en Lyon, como en todas partes el partido popular, representado por Laussel, y sobre todo por Chaliér, y el partido de la burguesía «comerciantista» unido a los girondinos,



CABALLERÍA FRANCESA

esperando el momento de pasarse a los fuldenses. El alcalde, Nivière-Chol, negociante girondino, era el hombre del partido burgués. Muchos curas refractarios se ocultaban en aquella ciudad,

cuyos habitantes han tenido siempre inclinación al misticismo, y los agentes de la emigración acudían allí con frecuencia. Lyon era un

centro para los conspiradores de Jalès (véase el capítulo xxxi, tomo I), Aviñón, Chambery y Turín.

Contra ellos el pueblo no tenía más que el Municipio, cuyos dos hombres más populares eran Chalier, un ex-cura, comunista místico, y otro ex-cura, Laussel. Los pobres adoraban a Chalier, que no se cansaba de hablar con vehemencia contra los ricos.

No se ve claro en los acontecimientos que se produjeron en Lyon en los primeros días de marzo; sólo se sabe que la paralización y la



JARDINES DE VERSAILLES

miseria eran horribles y que había gran efervescencia en el seno de los trabajadores. Estos pedían la tasa de los granos lo mismo que la de los géneros que Chaumette llamaba « artículos de segunda necesidad » (vino, leña, aceite, jabón, café, azúcar, etc.). Exigían la prohibición del comercio del dinero y querían una tarifa de los salarios. También se hablaba de una matanza o de la guillotina para los monopolizadores agiotistas, y el Municipio de Lyon (basándose probablemente sobre el decreto de la Legislativa del 27 de agosto de 1792) ordenó registros semejantes a los que se verificaron en París el 29 de agosto, a fin de capturar los numerosos conspiradores realistas ocultos en Lyon; pero los realistas y los girondinos reunidos

uniéndose al alcalde Nivière-Chol, lograron apoderarse del Ayuntamiento y se preparaban a tratar con rigor al pueblo. La Convención hubo de intervenir para impedir la matanza de los patriotas por los contrarrevolucionarios, y envió tres comisarios a Lyon. Entonces, apoyados por aquellos comisarios, los revolucionarios se apoderaron



EL ESPECTRO DEL HAMBRE

nuevamente de las secciones, invadidas por los reaccionarios; el alcalde girondino hubo de dimitir, y el 9 de marzo fué elegido un amigo de Chalier para la plaza de Nivière-Chol.

No terminó así la lucha, y volveremos aún para decir cómo los girondinos, habiendo recobrado el ascendiente, asesinaron a los patriotas al final del mes de mayo.

Por el momento, baste consignar que, en Lyon como en París, los girondinos servían de lazo de unión, no sólo a los que se oponían a la revolución popular, sino también a todos aquellos,

realistas o fuldenses, que no querían la República (1). La necesidad de acabar con el poder político de la Gironda se hacía sentir cada vez más, cuando la traición de Dumouriez vino a dar un nuevo apoyo a los montañeses.

(1) El 15 de abril, la burguesía lyonesa envió a la Convención una delegación de las secciones en que dominaba, para decir que su ciudad gemía bajo la tiranía de una municipalidad jacobina que no cesaba de atentar a las propiedades de los comerciantes ricos. Invitaba también a la burguesía parisiense a apoderarse de las secciones. Petion publicó en fin de abril su *Lettre aux parisiens*, en la que excitaba a los burgueses contra el pueblo, diciéndoles: «Vuestras propiedades están amenazadas, y cerráis los ojos ante ese peligro... Se ejerce sobre vosotros todo género de pesquisas, y las sufrís con paciencia». Era una excitación directa a la burguesía contra el pueblo.

